

8

Una vida, UNA NOVELA



ANTES:

*Una niña-mujer
desengañada*

* * *

AHORA:

*Una mujer
enamorada
y Feliz*

2
PTAS.

ELIZABETH TAYLOR

¡Están a la venta!



MONTGOMERY CLIFT.—Uno de los pocos actores jóvenes que saben imprimir carácter a sus personajes. Su personalidad misteriosa le será revelada con todo detalle en esta amena biografía, como una ventana abierta sobre la vida del protagonista de «Un lugar en el sol», «Estación Termini», «Yo confieso», y tantas otras películas de indiscutible calidad.



MARILYN MONROE.—Una fotografía aparecida en un calendario escandalizó a América. Esta fué la primera vez que la gente se ocupó de Marilyn Monroe, la estrella más discutida de estos años. Dos matrimonios y dos divorcios jalonan hasta ahora la vida de esta mujer de extraordinario atractivo.



GARY COOPER.—Giselle Pascal y Patricia Neal juegan un importante papel en la vida de Gary. No obstante es Rocky, la esposa, quien triunfa en el corazón de este hombre bueno y simpático. Una interesante biografía en la que se describe su ascenso de fracasado caricaturista a primera figura de la pantalla.

UNA VIDA, UNA NOVELA

ELIZABETH TAYLOR

- ♦ Una niña que creció ante las cámaras y cometió el error de casarse antes de ser mujer.
- ♦ Intentó abandonar los Estudios, pero el cine la atrajo con una fuerza irresistible.
- ♦ Al lado de Mike Wilding ha aprendido lo que significa ser una esposa.

Volumen n.º 8
de la Colección de Biografías
«UNA VIDA, UNA NOVELA»

*Derechos reservados
Copyright by Ediciones
Cinematográficas, Spain.*

EDICIONES CINEMATOGRAFICAS

RONDA SAN PEDRO, 56 - BARCELONA (ESPAÑA)

ELIZABETH Taylor nació en Londres, a orillas del Támesis, el 27 de febrero de 1932. Cuando abrió sus ojos, de un aterciopelado color violeta, se vió rodeada de figuritas chinas, miniaturas, jarrones antiguos y cuadros. Aquellas imágenes bailaban delante de su vista como en una película de dibujos.

Sus padres eran Francis Taylor, comerciante en objetos de arte y Sara Sothorn, que fué actriz de los escenarios británicos y neoyorquinos.

Elizabeth parecía una muñeca de porcelana que se hubiera puesto a vivir. Sus padres se miraban en sus ojos y la rodeaban de mil detalles para que pudiera sentirse feliz. La niña comprendía lo que se pretendía de ella y muy pronto comenzó a desarrollar sus habilidades. A los tres años ya demostraba poseer talento artístico y la matricularon en la Escuela de ballet del famoso Vaccari, profesor de la familia real inglesa durante dos generaciones. Elizabeth danzaba delante de princesas reales como una más entre ellas; con la misma delicadeza y encanto. Se educó, al principio, en el colegio «Byron House», de Londres y después la trasladaron al Condado de Kent, a una magnífica finca que sus abuelos poseían. Allí tenía una institutriz que la adoraba y le enseñaba buenos modales; recibía lecciones de música y pintura. A los cinco años ya viajaba en trasatlántico con sus padres de Londres a Nueva York, para visitar a sus abuelos, que vivían en los Estados Unidos. En Kent, la pequeña demostró ser una

perfecta amazona que consideraba a los caballos sus mejores amigos. Conoció, en la finca de sus abuelos, el maravilloso mundo de los animales: poneys, gatos persas, perros de concurso... Se sentía feliz en aquel lugar.

Así crecía Elizabeth Taylor; rodeada de cuidados, mimos, cuentos fantásticos, música y animales nobles. Hasta que un día, cuando ya había cumplido 7 años, Inglaterra empezó a oscurecerse y Europa entera se entristeció. La segunda guerra mundial se rumoreaba y los hombres convertían las tierras del Viejo Continente en escenario de sus actos bélicos. El señor Taylor temió por los suyos y dijo a su mujer:

—Sara, he pensado lo mejor. Creo que tu familia tiene razón. Nuestros hijos son muy pequeños. Dentro de una semana marcharéis a los Estados Unidos. Yo me reuniré con vosotros en cuanto arregle mis asuntos y entre los dos instalaremos nuestra residencia allí.

Todo sucedió como planeaba el señor Taylor. Seis meses después se reunió con su esposa e hijos y establecieron su nuevo hogar en Beverly Hills. Instaló una magnífica galería de arte que fué su mejor medio de ingresos.

* * *

En Europa la guerra había comenzado y el sonido de la pólvora llegaba a los Estados Unidos. Los americanos fueron movilizados y el señor Taylor ofreció sus servicios en la Defensa Pasiva Aérea. Durante un servicio conoció a Sam Marx, productor de la Metro-Goldwyn-Mayer. Se hicie-

ron amigos y Francis Taylor le invitó a su casa para que conociera a su familia.

La señora Taylor había preparado la mesa con esmero, pero Marx, al sentarse, sólo vió a la pequeña Elizabeth con sus ojos puestos en él.

—Taylor, tu niña es una preciosidad —dijo, sin dejar de mirar a Liz.

—Ya te lo había advertido, Sam. Estamos muy orgullosos de nuestra inglesita.

—Ven aquí, pequeña; déjame que te mire. ¿Cuántos años tienes?

—Nueve años, señor.

—Es exactamente lo que busco desde hace tres meses Taylor —dijo Marx—. Una inglesita de cabellos azabache, ojos violeta y piel rosada para interpretar a una pequeña castellana.

—¿Pretende llevar al cine a nuestra Liz, señor Marx —preguntó sonriente Sara Taylor.

—Es la chiquilla ideal, señora. Roddy McDowall les diría lo mismo. Liz resolvería mis problemas en «La Cadena Invisible». Oye, muñeca —siguió dirigiéndose a la niña— ¿Te gustan los animalitos?

—Más que nada en el mundo —contestó decidida Elizabeth.

—¡Fantástico! ¿Te gustaría hacer una película con el perro Lassie?

—Sí, mucho.

—Nunca imaginé este resultado de tu visita, Sam —intervino el padre de Liz—. Si quieres hacer las pruebas a Liz, adelante; has despertado en ella una ilusión y Sara y yo pretendemos hacer realidades de las ilusiones de nuestra pequeña.

La prueba a que fué sometida demostró que el

productor no se había equivocado. Liz impresionó a los directores del Estudio, no solamente por su exquisita belleza sino también por el aplomo con que representó la escena cinematográfica. Liz recitó después una fábula con el mismo éxito. Todos admiraron a la pequeña maravilla. Cuando se apagaron los focos, Marx se acercó a la niña que acariciaba arrodillada a Lassie.

—Has estado muy bien, pequeña. Puedes seguir con Lassie, va a ser tu amigo en «La Cadena Invisible» —dijo el productor sonriente.

En la película, Elizabeth se hizo amiga no sólo de Lassie, sino también de una infinidad de animales que salían en la cinta: un oso, un cachorro de león, ovejas, un zorro plateado, un puerco espín y toda una cría de perritos de pastor.

La niña se había convertido en actriz de la noche a la mañana. Comenzó su trabajo de rodaje y su actuación le valió un extenso contrato con la Metro. Era el principio de una carrera brillante.

Para Elizabeth aquella vida que se abría ante ella, tenía el encanto de lo prohibido y lo fantástico. La mente de la pequeña era confusa en aquel momento. No comprendía muy bien aquel escenario que había aparecido de pronto; todas las personas que le dirigían frases amables eran nuevas para ella. Se encontraba bien en los Estudios y por eso acudía puntualmente y aprendía como otra niña hubiera hecho en el colegio.

Después apareció en «Evocación», y de nuevo fué solicitada para filmar con Lassie.

—¡Qué alegría, Marx! He echado de menos a Lassie. ¿Cómo se llamará la película? Tienes que

buscar un nombre bonito, Lassie es un perro importante.

—¿Qué opinas de «El valor de Lassie»?

—Me parece precioso...

Liz seguía en los Estudios y su trabajo apenas tenía carácter de tal. Asistía a la escuela de la Metro y ejercitaba los deportes. Todo hacía comprender que estaba llamada a ser una estrella en el momento oportuno. Liz veía ya algo más que un juego en los Estudios. Creía sinceramente que su puesto estaba allí y quería triunfar. La oportunidad se le presentó inesperadamente.

Paseaba solitaria por los Estudios y llevaba en los brazos un gatito que había encontrado. Cerca de ella dos muchachas hablaban.

—Están buscando una buena amazona para «Fuego de Juventud». Es una pena que yo tenga tanto miedo a montar a caballo. El papel es una joya.

—Sí, he oído decir que se puede obtener con él un triunfo personal.

Las dos mujeres siguieron su camino y Liz quedó pensativa mientras la última frase bailaba todavía en sus oídos. Tomó una decisión rápida y fué decidida al despacho del productor.

—Vengo a solicitar el rol de amazona en «Fuego de Juventud» —dijo con voz baja pero firme.

—Liz, pides mucho, pequeña. ¿Sabes que buscamos una amazona excelente?

—Acabo de enterarme y precisamente he venido por eso. He sido educada en Kent, en una enorme propiedad donde abundaban los caballos de raza. Ellos han sido siempre mis mejores amigos...

El director la miró un poco perplejo. Se levantó

de su asiento lentamente, sin apartar su vista de ella. Cogió de la mano a la muchacha.

—¡Bien! Ven conmigo—le dijo—. Todas tus habilidades vamos a averiguarlas ahora mismo.

Montaron en su coche y fueron a una extensa pradera donde unos caballos de crines rojizas olfateaban la tierra. Salieron del coche y le dijo a Liz.

—Aquí están tus amigos. Escoge el que más te plazca y móntalo. ¡Tú, chico!—gritó, dirigiéndose a un mozo que limpiaba con un cepillo a uno de los caballos—. No pierdas de vista a esta jovencita.

Liz miró a los caballos con ojos expertos.

—¿Cómo se llama este?—preguntó al chico mientras acariciaba un magnifico ejemplar que resoplaba nervioso.

—King Charles, señorita; el mejor, pero también el más peligroso. Vaya con cuidado. Voy a ponerle la silla.

King Charles era un pura sangre de patas finas y pelo rojo; tenía una mancha blanca en la frente, como una estrella alargada, y unos ojos brillantes y despiertos. Cuando estuvo preparado, Liz sonrió agradecida al muchacho y montó ágilmente. King se encabritó al sentir el ligero peso sobre él. La chiquilla no perdió la serenidad y sujetó con fuerza las bridas. Cuando consiguió tranquilizarlo emprendió una rápida carrera; parecía cortar el viento y su cara reflejaba toda la emoción que sentía al poder dominar al espléndido animal. Regresó pronto y cambió la carrera de King por un trotecillo alegre. La sonrisa de Liz se dibujaba

feliz al pasar junto al productor. La voz de éste llegó hasta ella recogida por el eco:

—¡Magnífico, Liz! Para ti es el papel de «Fuego de Juventud».

Su papel en «Fuego de Juventud» fué la realización de un hermoso sueño para Elizabeth. Los cineastas de toda América se deleitaron con su fresca y juvenil belleza. Al terminar el rodaje el Estudio le regaló a King Charles. Liz estaba emocionada.

—¡Oh! Es el regalo más bonito que podían hacerme, Sam.

* * *

Elizabeth Taylor interpreta después «Vida con papá» y «Feliz amanecer», cuyo guión fué especialmente escrito para dar expresión a sus prometedoras habilidades. Era el papel más apropiado para Liz; representaba a una muchacha de 15 años que crece en medio de alegrías y amarguras, como cualquier otra chiquilla de su edad, en un pueblo pequeño. En «Feliz amanecer» Liz representaba nuevas escenas por primera vez: su primer traje de noche, su primer idilio cinematográfico, su primer beso filmico, su primera oportunidad de cantar en la radio. Pero, por encima de todas estas cosas, le impresionó a Elizabeth su primer traje de noche. Todos los que tuvieron ocasión de verla ante las cámaras con su primer traje de fiesta advirtieron con grato asombro que la pequeña Liz era una mujercita deliciosa.

Por entonces, 1947, Elizabeth fué invitada a una fiesta que la señora Parsons ofrecía al director de una revista que visitaba Hollywood. Allí es-

taban Jane Wyman, Irene Dune, Tyrone Power, Cary Grant, Joan Crawford y toda la constelación estelar de primera línea de la Meca del Cine. Liz apareció como por encantamiento; iba vestida con un traje largo de terciopelo negro. Estaba cohibida y apenas podía levantar sus bellos ojos. Cuando habló fué con un tímido murmullo.

—Miss Parsons, ¡estoy tan excitada! Esta es mi primera fiesta de personas mayores y este es mi primer vestido de noche fuera de las cámaras...

Y Liz, con todo el encanto de su ingenuidad, dió una vuelta para que la señora Parsons pudiera ver la amplitud de la falda de terciopelo negro.

—¿Estoy bien?—preguntó, asomando a sus ojos la espera impaciente de la respuesta.

—Estás deliciosa, pequeña. No creo que ninguna de las mujeres que asisten a la fiesta pueda igualarte.

Y luego, mientras bailaba sin apenas rozar el suelo, volvió a escuchar frases parecidas y espontáneas de los hombres que no cesaban de contemplarla.

—Es como un capullo de rosa que esparce su fragancia sin perder nada de perfección...—dijo un francés galante.

Elizabeth tenía conciencia de ser admirada y días después pidió tímidamente en los Estudios que le permitiesen llevar el cabello al estilo de Katharine Hepburn. Continuaba escalando poco a poco los peldaños de su juventud y de su fama. En la Escuela de la Metro se destacaba también y ganaba varios premios en concursos artísticos. En su casa pintaba y escribía. Sus aficiones litera-

rias tuvo ocasión de demostrarlas cuando escribió un libro infantil sobre las aventuras de su ardilla mascota, «Nibbles». La idea del libro surgió mientras filmaba una película en pleno bosque. Una ardillita se había encariñado con Liz y ella se la llevó a su casa y escribió «Nibbles y Yo». La misma Elizabeth ilustró el libro, que fué bien acogido por el público. Aprendió a jugar al «badminton» y a montar en bicicleta en vía de ejercicio. Su deporte favorito era la equitación y montada en King Charles recorría los campos todos los fines de semana. También tocaba el piano y aprendía canto. Todo el que fuese a visitar a Liz la encontraba rodeada de sus animales preferidos: peces, conejos, tortugas, un buho, patos, perros, gatos, y hasta culebras y ratones.

Filmó «Travesuras de una bella», «Así son ellas» y «Mujercitas». La jovencita se había acostumbrado a su nueva vida y a su trono. Fuera de los Estudios se sentía muy unida a sus padres y tenía una especial confianza en su madre, que procuraba ayudarla en esa vida difícil que ya se perfilaba para Liz. Era completamente distinta a como aparecía en las películas; cuando se hablaba con ella se mostraba una chiquilla azorada que raras veces hablaba en tono más alto que un murmullo. Parecía siempre tener la cabeza en las estrellas; en los Estudios le daban el nombre de «Bella soñadora». A los 16 años era contemplada por los hombres como una espléndida mujercita; sabía dedicar una mirada de tremante candor que impresionaba a cuantos iba dirigida.

* * *

Al cumplir los 16 años conoció a Glen Davis, cubierto de gloria a bordo de sus veleros y en los terrenos de fútbol. Glen Davis, hombre deportivo y galante, era popular entre las mujeres. Elizabeth era una niña romántica y sintió una fuerte impresión cuando después de un brillante partido se lo presentaron.

—¿Sabe que hace tiempo sueño con esos ojos color violeta?—le dijo Glen sonriendo.

Liz, tímidamente, bajó la vista y apenas hizo perceptible una sonrisa angelical.

Al día siguiente Liz estaba de nuevo entre los espectadores que gritaban por el triunfo de Davis.

—Quisiera poder hacer algo por su triunfo—había dicho a Davis antes de empezar el partido, cuando fué a saludarlo.

—Basta que lo desee sinceramente; yo lo sabré. Para mí este partido lo decidirá su presencia.

Al hombre le halagaba el sentirse observado por la estrella admirada y saberla pendiente de sus movimientos. Continuaron sus encuentros. Era la época en que Liz filmaba «Mujercitas». Elizabeth se exhibía del brazo de Glen Davis en todos los lugares concurridos. Estaba bien junto a él y se sentía protegida por la fuerza deportiva del hombre. Se prometieron antes de que Glen tuviera que regresar a Nueva York. El había introducido un anillo de brillantitos engarzados en el dedo de Elizabeth y ella le había ofrecido sus labios. Davis la besó suavemente; estaban en una mesita apartada de un parador; a Elizabeth le gustaba aquel lugar y solían ir a menudo allí.

—Querido, soy muy feliz en este momento, ¿y tú?—había preguntado Liz amorosamente.

—Me siento como un alegre paje de la corte al que hubieran dado a la hija del rey en recompensa—contestó Davis eufórico.

Por la noche fueron juntos a un club nocturno y ni a Elizabeth ni a Davis les preocupó demasiado el ser los protagonistas de todos los comentarios de la sala. Liz se sentía contenta y apenas comprendía muy bien dónde empezaba el amor y terminaba el juego. Era demasiado joven y no sabía que ciertos excesos de publicidad son perjudiciales. Los padres de la joven estrella, preocupados por el matiz exhibicionista del noviazgo, amonestaban a su hija.

—Liz, ¿has visto los periódicos de la mañana?—preguntó Sara Taylor.

—No he tenido tiempo, mamá. Me voy en seguida; tengo que almorzar con Glen.

—...Pero, hija, es vergonzoso... Esta fotografía besando a Glen no me parece apropiada.

—Mamá, no tiene importancia. La gente sabe que estamos prometidos. Todo el mundo debe hacerse cargo de que es mi primer amor—sentenció, mientras besaba a su madre y desaparecía alegremente por la terraza que conducía al jardín.

Elizabeth hablaba de su primer amor como si presintiese ya que Glen desaparecería más tarde de su vida.

Glen Davis se marchó a Nueva York y se sucedieron unas largas cartas de un lirismo exaltado. Sin embargo, las cartas no impidieron que Liz, en un viaje que hizo a Miami, prestara atención a las frases amorosas de Bill Pawley, un joven millonario impresionado por la belleza de la actriz.

Liz fué a pasar una temporada con su tío Howard, en Palm-Beach y Pawley la siguió.

Bill Pawley era menos gentil que Davis, pero para Liz tenía la gran ventaja de tenerlo presente y no tener que esperar siempre el correo. Bill era también un gran amador y sabía manejar su dinero con delicadeza cuando se trataba de ser complaciente con una damita como Elizabeth. Continuamente rodeaba de atenciones a la prometida de Davis, y cuando creyó llegado el momento tomó la mano de Liz y substituyó los pequeños brillantitos del campeón por un gran diamante resplandeciente.

—Liz, quiero que seas mi esposa y estoy dispuesto a todo por conseguirlo—dijo con energía, mirando a los sorprendidos ojos de la mujercita.

—Pero... yo debo de pensar antes...—titubeaba Liz.

—No, querida. Tu deportista es un mito que mantienes por correspondencia. Yo te quiero sinceramente y te hablo de realidades, ¿comprendes?

Liz calló, comprensiva; pensaba que realmente era este un bonito desenlace y el caso es que empezaba a estar enamorada de Bill como antes lo había estado de Glen. Valía la pena seguir adelante.

De nuevo se habló de Elizabeth Taylor y su prometido el millonario Pawley. Los periódicos, también en esta ocasión, publicaron fotos sensacionales de la pareja en todos los ambientes románticos imaginables. Liz se miraba apasionadamente en los ojos de Pawley. Su noviazgo se hace cada día más cerrado, más celoso; la autoridad de Bill es más apremiante. Liz presenta al futuro marido

a sus padres y Sara Sothorn no puede disimular su contento. Elizabeth está sentada en el césped y juega con Nibble, que se frota mimosa en la cara de su ama. Bill sabe que debe de tener paciencia con Elizabeth; que es todavía muy joven e impulsiva. Ella es la primera en hablar; levanta sus soñadores ojos hacia él y le invita a sentarse en la hierba, junto a ella.

—Bill, debo de regresar a Hollywood; he recibido una carta de los Estudios. He de comenzar a filmar una nueva película.

—Liz, vas a ser mi esposa; no creo que tengas demasiado tiempo para dedicarte al cine, y es mejor que lo dejes ahora que más adelante.

—Está bien, Bill; estoy dispuesta a renunciar si esto va a hacerte feliz. Sin embargo tendré que ir a Hollywood para explicar los motivos, ¿no es así?

—Sí, pequeña. Iremos.

—Bueno, ¿quieres ayudarme a buscar la frase exacta para poder explicarles mi huida?

Bill la cogió por los hombros alegremente y dijo riendo con malicia:

—Di que debes dedicarte por entero a tu marido y a nuestros futuros hijos, que serán cinco por lo menos.

Aquella escena prometía un desenlace con música de Mendelshon; sin embargo, quedó pronto olvidado. No bien Elizabeth hubo regresado a Hollywood, habló con Sam Marx de sus propósitos. El hombre la miró fijamente y siguió un silencio en el que se hicieron más potentes los ruidos, voces, traslado de cámaras, todo aquello que era familiar a la chiquilla que hablaba de abandonar los Estu-

dios. La voz del productor fué lenta y tranquila:

—¿De modo que has decidido poner punto final a tu carrera? No sólo rechazas filmar «Tentación», sino que dices que tu felicidad es antes que todo este mundo en que te has hecho mujer.

—Sí, Sam. Así es. Mamá también quiere que lo deje y me case con Pawley.

—¿Estás muy enamorada, jovencita?

—Creo que sí.

—¿Ya sabes que eres una chiquilla? Nosotros todavía no te hemos lanzado en papeles de madre con cinco hijos, Liz. No te consideramos preparada para ello. Te falta experiencia y solidez. ¿Tiene mucho dinero, verdad?

Elizabeth estaba ya arrepentida de haber hablado y sentía deseos de llorar.

—A mi alrededor no oigo otra cosa que consejos y todos me dicen que debo casarme con Bill — trató de disculparse.

—Mira, pequeña; nosotros queremos lo mejor para ti. Estamos tratando de hacer de ti una de nuestras mejores estrellas, tienes facultades para ello y sentiría de veras que abandonarás ahora, cuando ha llegado el momento de demostrar que has asimilado ya tu aprendizaje. Me parece una cobardía, pero si Pawley es tan egoísta como para prohibirte seguir a nuestro lado, haz su voluntad. No puedo decirte que lo celebro.

—Intentaré convencer a Bill...

—No lo conseguirás, Liz. El sabe que vales.

Al salir del despacho de Marx, Pawley la esperaba.

—¿Está todo solucionado, querida? ¿Fijamos la fecha de la boda? —inquirió con optimismo.

Liz estaba triste; no parecía la chiquilla alegre y despreocupada de otras veces. Su voz sonó lejana y cansada, como si hubiera librado una batalla intensa.

—No habrá boda, Bill...

Bill se puso serio repentinamente y cuando habló fué duro y despiadado; no se daba cuenta de que Liz sufría.

—Te han convencido ahí dentro de ello, ¿no es así?

Liz tenía los ojos humedecidos y así parecían tomar el color del agua del mar por la noche.

—Procura entenderme, Bill; estoy cansada. Creo que he comprendido que soy todavía demasiado joven, querido. Apenas he cumplido 17 años... Casarme representaría demasiada responsabilidad.

—Me parece entender que prefieres toda esta mentira de ahí dentro a mi cariño, Liz —dijo agresivo Pawley.

—Por favor, Bill. No trates de atormentarme; sabes que te quiero.

—No, Liz, esto no es amor; tan sólo un capricho vencido por esas malditas cámaras. No tengo más que decirte. Si supiera que con ruegos o amenazas iba a conseguir que me siguieses lo haría, pero veo que sería inútil. Será mejor renunciar. Que hayas sabido elegir es lo importante.

Liz se vió sola; el coche de Pawley había desaparecido. Ella quedó desconcertada y llorosa en la acera. Volvió a entrar lentamente en los Estudios. Allí todo seguía su ritmo, su tristeza no contaba. Operadores, maquilladores, gente vestida de todas las épocas, focos, decorados... Estaba desolada, pero aquel era su mundo y había sido sincera.

Cuando la ruptura apareció en los periódicos, aquel público que no había perdonado a Liz haber preferido un millonario al deportista, le reprochó con severidad su actitud con respecto a Pawley. La prensa, que hasta entonces sólo había tenido frases de elogio y de indulgencia para la estrella, insinuó que una azotaina pública le haría bien. Liz lloró como una niña en brazos de Sara Taylor.

—Es odioso todo esto, mamá. Ahora me reprochan que haya renunciado a Bill y a su millones y antes me criticaron por terminar con Davis.

—Eres demasiado impulsiva. Yo también deseaba su matrimonio con Bill.

—Pero sois injustos conmigo y estoy dispuesta a demostrarlo. La próxima vez me guiaré por mi corazón, no por los consejos de nadie.

* * *

En los Estudios su carrera artística subía como la espuma. Trabajaba con todos los actores de primera línea. Filmaba en el año 1950 «El padre de la novia» con Spencer Tracy, Joan Benet y Don Taylor. Este año debía de ser decisivo para Liz. Conoció a Nicolás Conrad Hilton: joven, buen mozo, hijo del magnate hotelero Conrad Hilton y por derecho propio un joven director de hoteles que se abría paso y prosperaba. Liz se enamoró perdidamente de él. Nick, que había crecido en el trono de un padre riquísimo, lleno de indulgencia para todas sus frivolidades, era un joven calavera. Paseaba por el mundo su simpatía y jovialidad; y la mayoría de las veces su mundo se reducía a Monte Carlo, Deauville, Copacabana, Estoril, el Lido de

Venecia y Palm Beach en Miami. Se conocieron en un festival cinematográfico. A Hilton no le pasó desapercibida la belleza de la joven estrella y quiso entablar relación con ella.

—Tengo el honor de presentarme ante la mujer más hermosa del mundo. Nick Hilton, su más humilde y rendido admirador—dijo graciosamente, inclinándose en una grotesca reverencia.

Liz sonrió y le alargó la mano que él retuvo entre las suyas y llevó con cierta emoción a sus labios. Había demasiada gente a su alrededor y Nick, sin abandonar la mano de Elizabeth, la condujo hacia un rincón del jardín. Se sentaron frente a frente en una mesita y bebieron champaña. Apenas hablaban. La luz roja de un farolillo iluminaba tenuemente la cara de Elizabeth. Se miraban a los ojos y sonreían. Nick pensaba al mirarla que Liz era la flor más fragante de su alrededor, y para él había sido siempre este premio. Se levantaron y allí mismo, en la glorieta del jardín, comenzaron a bailar.

—Eres una pluma bailando, Elizabeth... Como una princesa.

—He bailado con ellas, tal vez.

—No lo dudo, jovencita. En ti, todo lo fantástico se hace realidad; como en los cuentos.

—¿Soñador?

—Mirándote a los ojos no puedo hacer otra cosa que soñar. Soñar despierto con tu belleza.

—Los cuentos pertenecen al mundo de los niños—dijo ella pensativa.

—Sí, y tienen un desenlace feliz y venturoso. Mira, Elizabeth, vamos a hacer un cuento tú y yo, ¿quieres? No lo dejemos escapar.

—Bien, ¿y cómo? —preguntó ingenua Liz.

Hilton se detuvo y dejó de bailar.

—Construyendo un final feliz para él.

—No debe ser fácil conseguirlo. Yo no sé.

—Contigo a mi lado todo será sencillo, pequeña. Sólo necesito tener tus ojos violeta cerca de mí. Podríamos casarnos, ¿no te parece? —dijo superficial.

—Corres demasiado. Soy muy joven —contestó ella, en el mismo tono festivo.

—Eres maravillosa y esto es lo importante—. Nick hizo una pausa y caminaron hacia la balaustrada—. ¿Sabes, Elizabeth, que todo lo que me propongo lo consigo?

—¿Con urgencia, señor Hilton? —preguntó coqueta.

—Va a tener la oportunidad de enterarse, señorita Taylor.

Reían de buena gana y no faltó un repórter gráfico que lanzase su flash a la pareja que acababa de conocerse y estaba construyendo castillos en el aire.

Nick Hilton había comprendido que con Elizabeth no podía darse la aventura y decidió seguir adelante por el camino real. El tercer noviazgo de la estrella alcanzó la mayor publicidad que imaginarse pueda. Todos los detalles de sus paseos se publicaban y fotografiaban. Parecía el idilio de la Cenicienta de todos los tiempos. Fueron unas relaciones fugaces y el 6 de mayo de 1950 contraían matrimonio. Los periódicos reflejaron en sus páginas desde el beso nupcial hasta el detalle más vaporoso del ajuar de la novia. Lo hicieron todo en el estilo romántico apropiado. Al salir de la iglesia

y subir a su coche, Nick besó a Liz apasionadamente.

—Querida, Europa espera impaciente poder admirar tu belleza.

En el «Jorge V», Nick, con una suficiencia de gallito, suspendió un cartel en la puerta de sus habitaciones: «No molestar». Los vecinos del hotel suspiraban y sonreían al pasar ante la habitación del amor.

—¡Vamos a la conquista de París!

Liz, poco a poco, en su luna de miel, se iba transformando de Cenicienta en mujercita inglesa seria y responsable. Todo aquello no le agradaba: cabarets de espectáculos poco agradables para ella; contemplaba a su marido y veía como éste seguía los movimientos de aquellas bailarinas ligeras con complacencia. Liz era una niña a quien se enseñaba por primera vez lo que hasta entonces le estuviera velado.

—Ya es hora de que te acostumbres a ir por el mundo, querida. No tienes que temer nada.

—No temo nada, Nick; pero todo esto es desagradable y feo.

—¿Tienes celos de estas pobres mujeres? Te creía más complaciente —dijo nervioso Hilton.

Liz estaba a punto de llorar. Nick lo vio; la atrajo hacia sí y la besó. Salieron del cabaret en que una música estridente lo envolvía todo.

—Vamos, querida; no quiero hacerte sufrir. Nos iremos a la Costa Azul. Aquello estará más en consonancia con tu espíritu.

En Monte-Carlo, Liz observó un nuevo brillo en los ojos de su marido. Fué al entrar en el Casino. Esta mirada la intranquilizó.

—Aquí he pasado cientos de noches, Liz. Ven, vamos a jugar; te gustará.

Liz miraba aquello con reserva. Su inquietud era lógica. Nick, obsesionado por el juego, apenas prestaba atención a su joven esposa. Por el día las carreras y por las noches la mesa de juego. Liz se sentía desolada y sufría. Una noche, Liz entra sola en el hotel y cree que su marido la abandona. Sobre la cama llora con desconsuelo. Al alba, Nick, cansado de las horas de tensión pasadas frente al tapete verde, con los ojos febriles, sin un céntimo, regresa a sus habitaciones. Ella sale a su encuentro.

—Nick, yo no puedo continuar así. Son las cuatro de la madrugada y debíamos haber cenado juntos. ¡Me he sentido tan sola...!

—Por favor, querida, guarda tu escena de esposa abandonada para las cámaras. Estoy cansado y no tengo ganas de discutir. Procura dormir.

—¿Has perdido mucho, Nick?

—Todo, Liz. No tengo ni un céntimo. Montecarlo se ha hecho dueño de mi dinero; hasta de mi camisa.

—Es horrible, Nick —dijo ella angustiada, con la cara entre las manos—. ¿Qué haremos?

—Mucho me temo que tengamos que quedarnos aquí en prenda. La ruleta nos ha vencido.

—Querido, regresemos a casa; esto es insostenible. Estás provocando la infelicidad de los dos. Esta noche, sola aquí, he tenido miedo de estar casada contigo. Sentía como si realmente tú me hubieses olvidado. No quiero estar más aquí, Nick; he sido muy desgraciada.

Los sollozos apenas permitían a Hilton entender sus palabras.

—No podemos irnos, Liz; no tengo dinero —dijo él, acariciando mecánicamente el pelo de su esposa.

—Yo creo que tendré lo suficiente para encarar los pasajes mañana mismo.

—No puedo consentir que gastes tus economías en esto.

—Vamos, querido. Soy tu esposa, no tiene importancia. Lo daré por bien empleado si regresamos a Nueva York.

—Siento que este viaje no haya sido para ti lo que deseabas. He comprendido tarde que estoy casado con una muñeca mimada. Lamento de veras esto, pequeña. Vas a tener que perdonarme. ¿Te has sentido muy sola?

Liz asintió y preguntó con voz temblorosa:

—¿Me quieres, Nick?

—Pues claro que sí, nena. Creo que te quiero de forma distinta que tú a mí. Te quiero, Liz, y quiero apostar en las carreras y quiero ver bailar a las mujeres de los cabarets, y quiero beber champaña y jugar mucho dinero en la ruleta o en el póker. Todo eso quiero.

—Tal vez nos hemos equivocado, Nick —dijo con voz cansada Liz—. No estoy acostumbrada a que me quieran así. Ha sido todo mucho más sencillo hasta ahora.

—Tú estás acostumbrada a ser una pequeña princesa; yo también he crecido como si estuviera en un trono, Liz. Y olvido con frecuencia el mimarte como a una niña y rendirte pleitesía como a una reina. Perdóname.

Regresaron a Estados Unidos y fueron a vivir al brillante hotel de «Bel-Air», en Nueva York. Cuando Elizabeth regresó a Hollywood comenzó a

filmear «El padre es abuelo»; y mostraba, como una princesita que hubiera aprendido su papel, un perrito que Nick le acababa de regalar y al que ella intentaba enseñarle a hacer gracias. Ante las cámaras se sentía feliz y olvidaba su vida íntima, que se hacía intolerable por momentos.

La Paramount solicitó a la Metro que les cediese a Elizabeth Taylor para interpretar un papel en «Un lugar en el sol», junto a Montgomery Clift y a las órdenes de Georges Stevens. El papel parecía hecho para ella y fué una de las mayores satisfacciones que tuvo en aquellos momentos. Se entregó a él por entero y consiguió un gran triunfo.

Hacia seis meses que contrajera matrimonio y fué dada la noticia de su separación del multimillonario: «Elizabeth Taylor, la más tentadora divorciada de Nueva York.» Para sus padres, la noticia constituyó un serio disgusto. Elizabeth se negó a regresar a casa de los señores Taylor y se fué a compartir un piso con su secretaria, una señora mayor en la que confiaba. Frente al escándalo, Liz adoptó una alegría frívola para no sentirse compadecida. El fracaso de su matrimonio era un asunto de Nick y ella; de la juventud e inexperiencia de los dos en realidad. Se colgó del brazo de Stanley Donen, el joven director de «Un americano en París» y se exhibió con él. Liz necesitaba la protección de un adulto y Donen era uno de los mejores directores jóvenes de Hollywood. Muy inteligente y culto; esto impresionó aparentemente a Elizabeth. Con él frecuentaba todos los clubs nocturnos de Hollywood; flirteaba y reía. Sus protectores de los Estudios se lo reprocharon:

—Estás jugando con todo lo auténtico que hay

en tu vida, Liz, y te engañas. Tenemos el deber de avisarte. No es necesario que muestres a todo Hollywood tu desolación, pero tampoco creemos conveniente que sigas este camino de frivolidades. No estás hecha para él.

—Pero, ¿dónde está mi falta? —preguntaba Elizabeth, con los ojos húmedos. — ¿Qué culpa es la mía si tengo un cuerpo de mujer y un espíritu de niña? Esa es vuestra frase, ¿no?

Interrumpió la conversación Jean Simmons; la magnífica estrella inglesa, íntima amiga de Elizabeth. Las dos de la misma edad, inglesas, pelo corto y miradas soñadoras en un marco de belleza angelical.

—Querida Liz. No está bien este llanto. No quiero verte así. ¿Vas a contarme lo que te sucede?

—Soy muy desgraciada, Jean, y estoy terriblemente sola.

—De ningún modo; todos estamos dispuestos a ayudarte. Si lloras por ese tarambana de Hilton, no vale la pena.

Sam hizo un gesto de complicidad a Jean Simmons y salió de la salita. Jean secaba las lágrimas de Liz con su pañuelo y sonreía dulcemente.

—No es eso exactamente, Jean. Es que estoy decepcionada y desorientada. He reñido con mamá a causa de mi divorcio y sé que necesito su ayuda o la de alguien que me quiera.

—Mira, Liz; creo que de momento necesitas salir de este ambiente de chismes y críticas. ¿Por qué no vienes a Londres conmigo? Inglaterra te hará bien ahora.

* * *

Las dos amigas fueron a Londres. Elizabeth conoció allí a otro compatriota actor, Michel Wilding. Fué una tarde en que Jean Simmons se había citado con su gran amor, Stewart Granger. Sus últimas palabras habían sido:

—Stewart, vendrá conmigo Elizabeth Tayor; sabes que es mi mejor amiga y está triste. ¿Por qué no invitas a tu amigo Wilding a venir con nosotros?

Michel Wilding, cuarenta años, calvicie incipiente y una pipa encendida. Tenía un espíritu bohemio, y cuando conoció a Elizabeth se sintió de pronto impresionado por el candor infantil de la inglesa. De regreso a casa, después de haber dejado a las dos mujercitas, Michel hablaba con su íntimo amigo desde veinte años atrás.

—Stewart, es la primera vez que me siento dispuesto a jugar a muñecas ante una mujer.

—¿No será que estás enamorado de ella, Mike?

—No puedo contestar amigo, sólo sé que tengo sus ojos soñadores dentro de los míos.

—¡Eh, Mickel! Recuerda que me voy a casar con Jean, y sus ojos también me parecían los más soñadores y maravillosos del mundo —dijo alegremente Granger.

Jean Simmons y Stewart Granger contrajeron matrimonio en seguida y Liz continuaba siendo la inseparable de la feliz pareja, cuando estos regresaron de su luna de miel. A menudo encontraba en el hogar de los Granger a Wilding que estaba allí como en su propia casa.

—Michel, ¿no tienes ambiciones?

—Yo no ambiciono más de lo que poseo, peque-

ña; la ambición hace a los hombres malos, y en su nombre se devoran unos a otros. Me gusta lo sencillo. Vivir en paz y de buen humor, es mi consigna.

—Es extraño —dijo Liz pensativa.

—¿Qué es extraño, pequeña? —inquirió sonriente Wilding.

—Tu sencillez; tu sana despreocupación.

—Liz; siento un sincero afecto por ti y es por eso que contra mi costumbre, cuando te tengo cerca de mí, siento deseos de hablarte y contarte historias bonitas. Yo soy poco hablador, ¿sabes? No debes de extrañarte por mi sencillez, no es afectada, y nada que sea espontáneo debe de sorprenderte. Procuro ser auténtico. No soy cínico. Soy un bohemio sin complicaciones; no me preocupa el dinero porque vivo feliz con lo que tengo, no quiero sacrificar mi tiempo, mi vida, al dinero. Aspiro a la comodidad, a la vida tranquila, y quisiera llevar un poquito de mí mismo hacia ti.

Michel se levantó y ayudó a Elizabeth a incorporarse. Después prosiguió:

—Cuando venía hacia aquí he visto unos grandes carteles de colores anunciando el Circo. ¿Quieres venir conmigo a verlo?

Liz se divertía junto a Wilding observando a los trapeceistas que cruzaban el aire como si tuvieran alas. Hacía tiempo que no iba al circo y, al lado de Michel, aquel mundo de animales, payasos y trapeceistas encerrados en un círculo plano le parecía un espectáculo nunca visto.

Elizabeth filmó «Ivanhoe». La película fué un éxito. Su papel era ya el de una mujer en toda la plenitud de su belleza, llena de pasión y de atractivo.

Cuando regresó a Hollywood, Michel Wilding fué a reunirse con ella.

Y así todo volvió a ser agradable en la vida de Elizabeth. Michel Wilding estaba a su lado y los dos juntos iban por los caminos cantando canciones rusas alegremente. Liz, al lado de Wilding, tomaba verdadero gusto a la vida. Con él no sabía exactamente la hora del almuerzo ni la de la cena; comían cuando les apetecía y jugaban con los animalitos a la hora en que hubiese estado con Nick Hilton en un cabaret. Los maliciosos de Hollywood quisieron ponerla sobre aviso.

—Cuidado, Liz. Es peligrosa para ti la intimidad de un hombre que tiene 20 años más que tú. Son demasiado conocidas sus aventuras.

—Liz—decía otra—, Wilding es un bohemio sin sueldo ni proyectos. No se toma nada en serio, ni a sí mismo. Ha estado durante dos meses enamorada de una mujer que puede ser tu madre, Marlene Dietrich, y tú no te pareces en nada a Marlene.

—Os agradezco vuestros consejos—respondía amable Elizabeth—, pero es bueno que sepáis que ya no soy la chiquilla de hace dos años que necesitaba ser aconsejada. Michel y yo acabamos de prometernos.

Más tarde, en el sol del mediodía, sentados en una terraza de la piscina, después de un magnífico ejercicio de natación, Liz contaba a Wilding lo ocurrido en los Estudios. El se quedó serio repentinamente. No había pensado en la palabra «matrimonio» ni se había hecho cuestión de este asunto.

—Liz, me haces un gran honor... Pero por desgracia no estoy en situación de poder hacerte mi esposa. Yo tengo muy poco que ofrecerte, pequeña,

a excepción de mi cariño. Ya ves, en este momento ni tan siquiera tengo dólares para poder comprarte un aro de prometida. Mi capitalito está en Londres...

—Querido, con la joya más preciosa del universo no me sentiría más unida a ti que en este momento. Tu amor es lo único que me interesa, Mike. Estoy profundamente enamorada de ti—dijo dulcemente y llena de ternura.

—Pequeña—dijo Mike, llevando las manos de Liz a los labios—, te costaría acostumbrarte a mi vida bohemia. Ya ves, sólo puedo regalarte ramos de violetas.

—Mike, tu gesto al entregármelas, anoche, era propio para unas orquídeas. Las orquídeas no me parecieron nunca tan maravillosas.

—Conmigo, Liz, las fiestas han de hacerse sin nada, sólo con ilusiones; la alegría tendremos que llevarla nosotros en las manos, no dependerá de un champaña caro. Tú dices siempre que poseo un secreto para seducir y hacer sonreír a los camareños de hotel, pero todavía no he conseguido ablandar esa máquina registradora que tiene por co razón.

—Querido, deberías saber que yo he pretendido no ser una mujer interesada—explicó seria Elizabeth—. No quiero hablar de esto contigo, pero después de mi fracaso con Nick rehusé a la pensión que quiso ofrecirme. Rechacé los millones de Pawley porque no era cuestión de dólares mi felicidad. Creo que he aprendido a conocer lo auténtico y tú eres lo mejor que ha aparecido en mi vida.

—Está bien, pequeña. Mira, yo debo de regresar ahora a Londres a filmar. Tú piensa en todo esto,

lo harás con más calma si yo no estoy. Si decides casarte conmigo seré muy feliz; sólo tendré que recordarte que en nuestra casa la ironía y el buen humor son indispensables y obligatorios; si decides lo contrario yo haré votos por tu felicidad y estaré muy triste, querida — terminó, estrechándola entre sus brazos y besándola largamente.

* * *

Días después, Liz volvió a quedar sola. Todos los hombres que suspiraban por ella se precipitaron a ofrecerle su amor y sus riquezas. Liz huía de ellos y permanecía alejada de todo lo que no fuera el recuerdo hacia su trovador londinense. Elizabeth recapacitó con serenidad. Con la mente clara y el ánimo decidido, puso a Wilding una conferencia una noche de febrero: «Debemos casarnos en seguida, querido. Te echo mucho de menos.»

—Te espero desde este momento, pequeña — contestó alegre la voz lejana del hombre.

Dos días después, Liz sonreía feliz entre los brazos amorosos de Wilding.

El 21 de febrero de 1952, Elizabeth contraía matrimonio con Michel Wilding. La ceremonia se celebró en Londres.

Cuando salían del «Caxton Hall», la señora Wilding vestía un traje gris perla adornado con la rosa de la felicidad. Un gentío de tres mil personas la aclamaron con tanto calor que fué necesario que un policía la condujese hasta el coche que había de llevarles hacia su luna de miel.

Otra vez París: un hotel discreto, un coche de alquiler y un almuerzo en la «Tour d'Argent». Con

Mike conoció otro París: los anticuarios de la orilla del Sena, las salas de fiestas rusas, los chansonniers, el mundo de Montmartre... Una semana en los Alpes-d'Huez, sobre la nieve. Elizabeth no llevaba ni un traje de noche en su equipaje.

* * *

...Han transcurrido tres años desde su matrimonio y ha nacido Michel Howard. Liz ha filmado últimamente «Rapsodia». Su esposo tiene un contrato con la Metro que no es de la importancia del que tiene Liz con el mismo Estudio. Viven en Londres. El matrimonio es perfecto. Mike le permite ser perezosa y bohemia como él. No existe ninguna razón para que no se considere feliz; sólo una sombra ha pasado por Elizabeth y su belleza ha adquiriendo por ello un acento más dramático: su enfermedad. Liz no es fuerte y ha visto la muerte muy cerca de ella. Sus nervios se han resentido; llora porque su pequeño pierde un diente, porque Mike habla todavía de Marlene Dietrich como de una mujer extraordinaria, porque un crítico ha sido severo...

Pero su marido, que continúa tan enamorado como el primer día, sabe acariciar suavemente su negro cabello y hacerla sonreír. Y la vida se desliza en la antigua y cómoda casa de los Wilding con toda felicidad. «Para toda la vida», manifestó Elizabeth muy convencida.



(Dibujo de Muntañola)

Así es ELIZABETH TAYLOR

Elizabeth Taylor se hallaba con un grupo de amigos, todos gente de la escena, en un lujoso salón de baile de Hollywood. La conversación versaba sobre la tan discutida igualdad de derechos entre el sexo femenino y el masculino. Se discutió amplia y apasionadamente, y, como es natural, no se llegó a ningún acuerdo entre los que se sentaban alrededor de la mesa.

Justamente en el momento en que el camarero entregaba la cuenta, a Elizabeth se le ocurrió preguntar:

—Pero en definitiva, ¿qué es la igualdad de derechos?

Uno de los caballeros tomó la cuenta y se la entregó diciendo:

—Es esto, mi querida amiga.
Y se la hicieron pagar.

Elizabeth Taylor estaba más que cansada de un ferviente admirador que la seguía a todas partes con infatigable constancia. Los desaires de la estrella cinematográfica no parecían causar el menor efecto en el ánimo del inoportuno enamorado.

—Por usted —dijo él un día— sería capaz de ir al fin del mundo.

—De acuerdo. Pero, ¿sería capaz de quedarse allí?



an a la venta!

HEDY LAMARR.—La emocionante historia de una burguesita que escandalizó al mundo entero y asustó a Hollywood. Un destino extrañamente trunca cuando parecía haber alcanzado su punto culminante. Su firme decisión la convirtió en una de las más brillantes estrellas de la pantalla. ¿Por qué se apagó tan pronto su fulgor?



ERROL FLYNN.—La vida de un muchacho que no supo conformarse con la existencia placida que su posición familiar le ofrecía. Por propia voluntad fue vagabundo, ayudante de cocinero, soldado, marinero, pescador de perlas, y otros mil oficios hasta llegar a ser escritor y astro de la pantalla. Su espíritu independiente le ha impedido hallar la felicidad al lado de una esposa, incapaz de sujetarse a vínculos permanentes.



MARLON BRANDO.—Este actor tan distinto a cuantos hasta ahora hemos conocido, ha buscado durante años un amor que tal vez no existe. En las páginas de su biografía encontrará usted a Shelley Winters, a Movita, a Josiane... mujeres que le amaron y que él creyó amar.

¡DE PROXIMA APARICION!



ROCK HUDSON

Rock Hudson, que se ha convertido en el ídolo número uno de las mujeres norteamericanas, fué abandonado por su novia mientras se hallaba haciendo la guerra en el Pacífico. Intentó varios oficios antes de presentarse a los Estudios en busca de trabajo. Su madre ha sido siempre su gran amor y su guía.



GINA LOLLOBRIGIDA

Feliz y enamorada de su marido, Gina está ascendiendo a una velocidad vertiginosa la escalera de la fama. Después de triunfar en Europa despertó el entusiasmo del pueblo norteamericano, cuya prensa la llamó «la Marilyn Monroe morena». Un contrato con Howard Hughes le impide trabajar en los Estados Unidos.



CLARK GABLE

Uno de los pocos veteranos del cine que se mantienen firmes en su puesto de primera línea. Procedente del teatro, ha trabajado ante las cámaras con las más célebres artistas. Un ídolo de las mujeres que no ha conseguido arraigar en ninguno de sus matrimonios. En su biografía hallará los curiosos consejos que da este actor para conservar la salud y vivir muchos años.

LESLIE CARON

La dulce «Lili» tuvo que luchar contra la voluntad de su padre para poder ser bailarina. Muy pronto, Gene Kelly la descubrió para el cine y la convirtió en una de las más cotizadas estrellas de Hollywood. Una amena historia en la que se describe el curso de su carrera y el fracaso de su matrimonio con un excéntrico millonario.

